

Claude Louis-Combet
HIERE, NEGRA ESPINA

TRADUCCIÓN DE DAVID M. COPÉ

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: julio de 2019
TÍTULO ORIGINAL: *Blesse, ronce noire*
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN: Grafme

© Éditions Corti, 1995
© de la traducción, David M. Copé, 2019
© de esta edición, Editorial Periférica, 2019
Apartado de Correos 293, Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-87-8
DEPÓSITO LEGAL: CC-200-2019
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Estaba sentado en silencio, en una taberna abandonada, bajo vigas ennegrecidas, a solas con mi vino; un radiante cadáver inclinado sobre una forma tenebrosa; a mis pies, un cordero muerto. Del azul putrefacto surgió la lívida figura de mi hermana, y así habló su boca ensangrentada: «Hiere, negra espina».

Georg Trakl, «Revelación y ocaso»

OTOÑO DE 1897

El desván de la vieja casa es un caos de baúles llenos de libros, cartas, papeles de la familia, pero también de ropa antigua, cortinas, encajes, de cojines a rayas o con rameados. Él arrastra juguetes despedazados por el tiempo: una muñeca que ha perdido una pierna, otra cuyo cráneo de porcelana se ha roto y deja al descubierto el delicado mecanismo de contrapesos que hace que se muevan los ojos, pequeñas esferas de cristal azules que suben y bajan debajo de unos párpados inmóviles provistos de unas larguísimas pestañas. Las muñecas lucen vestidos como los que llevan las niñas y, debajo, preciosos pantaloncitos ceñidos a los muslos. Hay un juego de bolos desperdigado por el suelo. Un exhausto caballo de madera aún está uncido a su carreta, pero a ésta le faltan las ruedas. Soldaditos de plomo, eternamente congelados en su ímpetu viril, descansan dentro de una caja de cartón. Innumerables sombreros, de hombre y de mujer, cuelgan en sus perchas o yacen en el polvo: gorras, sombreros de copa, canotiers, sombreros extravagantes

decorados con aves, flores, plumas y guarnecidos con lazos, velos negros o *voilettes**. Hay viejas herramientas abandonadas a la herrumbre. La madera está carcomida: mazos, mangos de gubias, martillos o sierras están corroídos por dentro, reducidos a polvo, y se desmigajan en el suelo mismo. Cubos, regaderas y demás utensilios de zinc, abollados, agujereados, desfondados, hendidos. Un sable de abordaje, en su vaina de cuero, cuelga penosamente, con la punta hacia abajo, sujeto con un cordón, entre collares de perlas y piedras preciosas falsas, cascabeles, guantes de rejilla desgarrados y sucios. Un gran fardo de inercia fatiga ese revoltijo de objetos olvidados. Un espejo imponente, engastado en una dorada pléthora de palmetas y laureles de escayola, ostenta su fulgor blancuzco y mortecino por encima de todo aquel desorden.

Está apoyado en un muro. En los fastuosos recovecos de su marco han tejido sus telas las arañas; cuelgan como andrajos, en jirones pesados y polvorientos. Lóbrega profundidad que se abre a un mundo periclitado, enmudecido, en el punto más bajo de su caída, ese espejo de fiestas y fastos pretéritos brilla débilmente aquí, erigiéndose, solitario y

* El *voilette* es un tipo de velo más corto que un velo normal (nunca debe superar el mentón).

melancólico, como su último guardián y eterno testigo. Hay miradas así, como veladas y ausentes, que no se fijan más que en aquello que cae y se desvanece. A la luz del crepúsculo, en el tamiz de los días vacíos, ese fulgor conserva su alma seductora: que asome por allí un niño, por ejemplo, y se lo tragará.

El niño aparece, precisamente; el muchacho. Por uno de los tragaluces que se abren en el tejado de la casa, vigila el sol declinante y la montaña, cuya cima pronto se teñirá de púrpura. Es un momento fugaz, que es preciso saber atrapar, un instante de azoramiento –esa deliciosa desazón que anuda algunos puntos sensibles del cuerpo mientras los colores del mundo zozobran en el exceso y la extrañeza, violentos, desgarrados e inquietantes como un grito–. Entonces la casa parece más vasta, más secreta, y el niño siente hasta qué punto está perdido. Sabe, con ese saber que procuran los sentidos tensados al límite, que el desván, a esa hora, es un lugar peligroso, que incita a pensamientos desviados e indecibles. Es por eso por lo que el chiquillo acude –como si tuviera una cita consigo mismo, consciente de estar allí en una avanzadilla de su soledad– a ese lugar donde terminan los territorios comunes y donde, en su juventud sin inocencia, asume el riesgo de indagar en su corazón. Y es por eso también por lo que, cogiéndola de la mano, lleva a su hermana pequeña.

El niño tiene diez años y su hermana acaba de cumplir cinco. De entre todos los seres que viven en la casa, el hermano reconoció en ella, desde el principio, a «aquella que trae la tiniebla». Esa necesidad se instaló entre ellos desde los tiempos de las primeras miradas y de los primeros contactos, y se ha convertido en una oscurísima fuerza de atracción debido a esos ojos negros que ambos poseen y con los que, la mayor parte del tiempo sin pronunciar una palabra, saben entenderse, maravillándose cada cual por la presencia del otro y comparando ambos ese silencio oculto que constituye, quizá, el fondo del alma, con su fardo de sueño y de deseo, y que, en los niños que se aman, hace de cada uno el doble fascinante del otro... o su promesa, cuando menos; el anuncio de una identidad maravillosamente multiplicada en su replicación.

El hermano y la hermana, inseparables, son cómplices en el misterio. En cuanto el mayor se levanta, la pequeña se le acerca, desliza su mano en la de él y se deja guiar. El jardín, el sótano, el desván, el cobertizo donde se guarda la calesa, el umbroso establo donde el caballo respira pesadamente, rodeado de sus olores... todos esos lugares son escenario de mudas celebraciones. La niña se siente protegida cuando está cerca de su hermano, pero también como por delante de sí misma, arrastrada a compartir los secretos de un mundo

más vasto que el de la primera infancia. Y el chiquillo, que no tiene más de diez años, experimenta, en lo más hondo de su corazón, un júbilo sombrío cuando piensa hasta qué punto aquella niña le pertenece y cómo ella consiente esa sumisión que la hace madurar, la ennoblece.

Ya a esa edad, el parecido entre ambos es asombroso. Todo el mundo repara en ello: la misma tensión penetrante y la misma oscuridad en la mirada, la misma obstinación en los labios apretados, el mismo mentón a la vez firme y delicado, decidido y sensible. Cuando el hermano contempla el rostro de la hermana, ve exactamente el camino que ya ha recorrido y percibe en los ojos que se alzan hacia él el brillo y la frescura de aquel que fue, y el exceso de ternura, ese exceso al que propende su amor, le hace daño, le quema, lo asola. Entonces mira un poco más fijamente a la niña y ésta a su vez lo mira más fijamente también, y, en esa fijeza que los ata con fuerza, el muchacho, que por el momento posee la ventaja de disponer de un pensamiento más ágil y avisado con las palabras, comprende que esa chiquilla es, sin lugar a dudas, aquella que trae la tiniebla —aquella a través de la cual fluye la tiniebla, más luminosa en su necesidad que la propia luz—. La pequeña responde con intensidad a la intensidad. Y a la violencia, con la misma violencia. A la audacia y al vértigo,

con la audacia y el vértigo. Ante semejante determinación, que no parece responder a ninguna razón definida, los límites retroceden. Llegará un día en que no habrá límite alguno. Ese día se acerca. La infancia entera no parece sino una preparación para ese momento.

Aquel año, el deseo necesitaba un otoño espléndido. Y lo tuvo. Las colinas al pie de la montaña que dominan la ciudad resplandecían con todo el fuego de los arces, de los abedules, de los cerezos silvestres, de las acacias... Cuando el sol empezaba a declinar, todo el follaje rutilaba pletórico y parecía que los ángeles hubieran salido en tropel de las iglesias donde se escondían y esparcieran copiosamente el oro, el ocre y el púrpura de sus ornamentos. ¿Pero qué es un ángel sin sus ropas? Y mientras todos los tonos se funden en el paisaje otoñal para los niños ávidos pero soñadores, ¿qué queda de los ángeles desvanecidos en el tiempo? Toda esa belleza como rastro de la caída y la ausencia... Resulta extraño lo vacío que parece el cielo de repente, y lo fastuosa que luce, por el contrario, la montaña. Y más extraños resultan aquí los niños, hermano y hermana, sobrecogidos por su propia extrañeza y, súbitamente, también por la extrañeza de cuanto los rodea. Esa hora de belleza sería algo palpable y su silencio se llenaría de murmullos si los niños corrieran fuera, en pos del